

Razones

Septiembre (8-21)-80

De Tezcatlipoca a Zaratustra



Por: Miguel Ángel Granados Chapa

El Presidente López Portillo parece afecto a correr bromas pesadas a quienes se interesan por leer con atención sus discursos y comprenderlos. Recuerdo que hace justamente un año, cuando recibió en la Universidad de Miami un doctorado honoris causa, habló de los "monarcómacos". El discurso era improvisado y a los transcritores del texto les asaltó la duda de si esa palabra había sido dicha o la grabadora la había registrado indebidamente. Parece que fue necesario recurrir al propio Presidente para que explicara que aludió a quienes en la Edad Media combatían a la monarquía.

Duda semejante sobrecogió a quienes, al oírlo recibir otro doctorado, esta vez en La Sorbona de París, le oyeron explicar que determinado giro era una "endiadís". Una breve encuesta entre calificados asistentes al acto mostró que nadie había entendido el concepto, que pudo haberse expresado más claramente hablando simplemente de un "pleonasma", como lo define el Larousse.

El asunto se complica cuando a esta inclinación por la pirrotecnia verbal se agrega la que el Presidente tiene también por la historia y la mitología. En su tercer informe formuló su propia filosofía del mexicano arguyendo que no pocos de los críticos de su gobierno paladeaban la desgracia de que un pozo de exploración petrolera, el Ixtoc I, hubiera salido de control y estuviera quemando cantidades inmensas de crudo. A esa presunta actitud, que nadie pudo jamás documentar en relación con una persona concreta, el Presidente la llamó enarbolarse "el espejo negro de Tezcatlipoca". Ahora, en su cuarto informe la negra figura del dios mexicano, sembrador de guerras, enemistades y discordias, fue sustituida por la de Zaratustra, el reformador religioso persa que en el siglo VI antes de nuestra era propuso sustituir los altares y los templos por el respeto a la ley, la pureza del alma y el trabajo, como medios idóneos para honrar a Dios.

Tres veces llamó López Portillo "zaratustras" a quienes se han referido en forma que no le agrada a situaciones nacionales o a actos de su gobierno. Le importan tanto estos zaratustras, que demanda no perder la batalla de México por su progreso e independencia,

porque eso sería darles la razón a ellos. No le importa que la perdamos porque todos perderíamos, sino para no darles la razón.

Invocó el Presidente a Zaratustra en su sentido nitzcheano? Hasta donde logramos recordar, no parece ser así, porque el propugnador del super hombre retomó en sentido diverso las enseñanzas del antiguo Zoroastro. Pero en todo caso, no importa demasiado la precisión. Lo que queda claro es que, Tezcatlipocas o Zaratustras, los ejeredores de cierta forma de la crítica provocan una viva irritación en el ánimo presidencial. Hemos de decir, en justicia, que su agria crítica a los críticos fue de menor intensidad esta vez que la asestada en general a los medios de comunicación el año pasado. Ello se debe, seguramente, a la aplicación de una regla aritmética que es la de la proporción directa: la importancia del Ixtoc causó una defensa más encendida de la actitud gubernamental frente a ese fenómeno que la causada por un incendio menor, el del Giraldas II, o por un accidente que ni siquiera fue mencionado en el informe, el del hundimiento de la panga "Campeche", como si la vida de setenta y tantas personas no tuviera rango suficiente para reclamar la atención presidencial.

El Ixtoc I no estuvo ausente del cuarto informe. Si bien careció ya del papel protagónico que se le confirió el año pasado, todavía sirvió para palmetear con dureza a quienes en el pasado, según el criterio oficial, se solazaron en su ocurrencia, sino que fue útil también para expresar una peculiarísima tesis sobre siniestros, que, llevada a sus últimas consecuencias nos conduciría a extremos insoportables: según el Presidente, aquel incendio es hoy, sólo, "un recuerdo fértil en enseñanza; fuente de satisfacción para quien enfrentamos el problema y lo superamos; tal vez de desconcierto y aun de amargura para los que levantaron el espejo negro". Dios nos libre de que se repitan estos costosísimos recuerdos fértiles en enseñanza.

Tezcatlipocas o zaratustras, los críticos son motejados así en busca de su descalificación. No se les oponen razones sino adjetivos. No es ese el mejor modo de enfrentar el examen de la actuación gubernamental. ■